



## DESAFÍOS Y PRIORIDADES EN EL TRABAJO CON JÓVENES

**Norman Darío Moreno Carmona**

Docente del Programa de Psicología  
Funlam

Podría decirse que hay dos formas posibles (las más evidentes) de aproximarse a lo que algunos autores denominan “*la crítica situación colombiana*” (Flórez Malagón, 2002). Una, tiene que ver con el centramiento de la mirada precisamente en aquello que genera la crisis, particularmente en el caso colombiano, el tema de la violencia en todas sus dimensiones (grupos armados, narcotráfico, pandillas juveniles, delincuencia organizada, violencia intrafamiliar, niños de la calle, etc.), y la otra, dislocando dicha mirada hacia las manifestaciones de posibilidades y potencialidades de cambio.

En el primer sentido se enmarcan algunas de las más recientes producciones cinematográficas que hablan de nuestro país: el documental “La Sierra”, “La vendedora de rosas”, “La virgen de los sicarios”, “Rosario Tijeras”, “Sumas y restas”, “La primera noche”, “Sin tetas no hay paraíso”, etc., que centran su mirada en *la crítica situación colombiana*. Mientras, personalmente lamento la falta de iniciativa para mostrar también nuestros aspectos más positivos y los muchos procesos de desarrollo social y comunitario que, sin duda alguna, existen en todas las ciudades del país.

Como dirían nuestros ancestros: “poner el dedo en la llaga”, tiene sus pro y sus contra, dependiendo de la intención que subyace y las consecuencias que eso pueda tener. Así, por ejemplo, la predominancia de imágenes negativas sobre la situación del país, además de la cuota diaria que aportan los

noticieros nacionales, podría estar siendo generadora de la actitud que termina “legitimando” desde las encuestas, la necesidad de seguridad por la vía militar y el afianzamiento en el poder de formas políticas de control por la fuerza. Por otro lado, el recurrir a medidas represivas, como es el caso del toque de queda para “menores de edad” que se ha implementado en algunas ciudades del país, legitimando así la estigmatización que de los jóvenes se tiene como principales protagonistas de la violencia en la ciudad.

Mirar, entonces, la problemática que viven algunas comunas y sectores de nuestras ciudades, no puede hacerse para legitimar posturas represivas o disfrazadas de prevención, en tanto pretenden evitar la aparición de comportamientos desadaptativos.

Como puede verse, este enfoque, hace énfasis en el problema, en la falla, en lo negativo. De esta manera, el concepto de violencia (así como el de joven, juventud, violencia, adicción, etc.) aparece como una evidencia y complica cualquier intento de aproximación a él, desde opciones que aparecen polarizadas y contaminadas. De entrada, la primera tendencia es verla como “una mala cosa”, que sólo resta combatir, ni siquiera vale la pena pensarla, porque, ni qué decirlo, todo el mundo sabe lo que es la violencia. Y si intentamos teorizarla, inmediatamente surge la tendencia a ubicarnos en el otro polo, de pensarla como una retórica indefensible, como si se le estuviera haciendo una apología. Por tanto, se vuelve problemático no sólo como asunto práctico, sino, ante todo, como asunto teórico.

Efectivamente, existen opciones de aproximarse a la problemática con una actitud investigativa y problematizadora, con miras a descubrir las lógicas que operan en ella, así como intentar descubrir alternativas de solución. Esto solo es posible si se reconocen posturas y prejuicios, en tanto todos somos parte del problema. Hoy por hoy “nadie está libre de culpa”, las problemáticas de las que nos ocupamos han dejado de ser del registro de lo individual y toman cada vez más una tonalidad masiva y masificante.

Se trata de pensar la violencia más allá de los individuos involucrados, esto es, mirarla como un acontecimiento que anuncia malestar en lo social, específicamente el malestar de los jóvenes en el contexto de las ciudades

contemporáneas y particularmente colombianas. Y esta violencia, si no hacemos algo por transformar realmente las dinámicas de injusticia y desigualdad sociales, seguirá ella misma, paradójicamente, generando efectos transformadores (y por qué no, renovadores) tanto en las personas, como en las comunidades y hasta en la sociedad en general; es decir, la violencia despliega alternativas de lo social que de otra manera no se posibilitarían, es entre otras cosas, generadora de efectos sociales.

Se trata pues, de comprender qué es lo que el ser humano y, particularmente, el ser (joven) colombiano está expresando a partir de allí y cómo el modelo social contemporáneo soporta esas modalidades de relación y esos personajes.

Esta realidad indiscutible resulta ser un indicador de lo que puede estar sucediendo en las dinámicas sociales. Este llamado de conciencia puede ser quizá la herramienta que emerge de la travesía por lo caótico; es decir, la clave de salida (antídoto) puede encontrarse en el mismo problema, podría pensársele como el indicador de lo que sucede en lo social, en tanto presente allí. Son jóvenes que se piensan sin opciones, y no porque no las tengan, sino porque están impedidos para verlas, se les ha enceguecido o se han construido a su alrededor toda suerte de “rejas” que los recluyen y no les permiten reconocerse transformadores por la vía de la creación, sino por la vía de la destrucción.

Si, la realidad se puede transformar de dos maneras: o re-creándola o destruyéndola ¿por qué muchos de nuestros jóvenes sienten que la única salida para lograr cambiar su realidad es por la vía de la violencia? Y esto no es un asunto epidemiológico, es decir, no podemos seguir buscando causas en problemas individuales. En tanto fenómeno social, es un asunto de todos, de nuestra sociedad colombiana que genera estas dinámicas. El problema, tal vez, es que seguimos haciéndonos las preguntas equivocadas y nos excluimos tanto del problema como de las soluciones.

Hemos normalizado las condiciones indignas de vida de muchos de nuestros compatriotas, se ha vuelto parte del paisaje la pobreza, la indigencia, el desempleo, y cuando esto se normaliza le negamos opciones de salida al

pobre, al indigente y al desempleado, los recluimos en formas estandarizadas de ser, de vivir, de pensar. Lamentablemente, muchos de los niños y jóvenes pobres se sienten condenados por su misma pobreza.

Desde algunas teorías sociales, entre ellas los estudios culturales, la experiencia más subjetiva de lo humano está contenida y, yo diría, conformada constantemente desde una red más amplia: lo social.

Así, al referirnos al tema de los jóvenes, es posible aproximarse desde una mirada que coloca el énfasis en lo que les falta (para ser adultos), en tanto se resalta su papel en el futuro (lo que pueden llegar a ser y no lo que son) e, igualmente, sus conflictos del presente y no sus posibilidades de sujetos sociales, políticos y culturales. Dicha mirada suele desembocar en una visión asistencialista y remedial que termina premiando, a ojos de los mismos jóvenes, a aquellos que “tienen problemas”, han estado por fuera de la ley o a los denominados “jóvenes en conflicto”.

Es innegable la inversión que hace el Estado en programas remediales, como por ejemplo, las correccionales de menores y los programas de reinserción de jóvenes desmovilizados de grupos armados. En la primera, se invierte más de dos salarios mínimos mensuales en cada joven con propósitos resocializadores y en la segunda, se les llega a otorgar a cada reinsertado hasta \$8'000.000. Al parecer, ser un “joven problema” paga, o al menos es el reclamo que muchos jóvenes, preocupados por procesos comunitarios alrededor de la cultura y el deporte, señalan, al verse confrontados, por el contrario, con la escasa inversión del Estado en programas que incentiven sus propuestas de desarrollo personal y grupal.

Ya lo señalaba, en sus tiempos de académico Alonso Salazar<sup>1</sup>, cómo venía siendo un error centrar tanto la atención y darle tanto protagonismo a los jóvenes pandilleros de los barrios populares, pues, además de contribuir a

---

<sup>1</sup> Simposio: “Jóvenes en conflicto y alternativas de futuro”, realizado en Cali, en el año 2001.

su estigmatización y consecuentes medidas represivas<sup>2</sup>, ellos terminaban asumiendo una especie de legitimación de sus actos.

Sin embargo, si ubicamos la mirada en el lugar positivo, desde la perspectiva de una prevención centrada en proponer metas y estimular iniciativas, reconociendo las posibilidades y potencialidades de los jóvenes, más que una negación de la *situación crítica* que, por lo demás, está siendo permanentemente señalada por los medios de comunicación, incluido recientemente el cine, se trataría de una apuesta por la generación de una mirada esperanzadora y que reconoce las inmensas posibilidades que tenemos, como país, de salir de dicha crisis.

En psicología se ha planteado que el mundo real, el de las personas reales, es un mundo de seres imperfectos, con cualidades y defectos, que hacen cosas buenas y malas, para diferenciarlo del mundo idealizado que construyen algunos, donde pueden existir seres totalmente buenos (la madre) o totalmente malos (la bruja), personajes que sólo es posible encontrar en las telenovelas o cuentos de hadas (en tanto fantásticos).

Ser obsesivo, o histérico, malgeniado, o mentiroso, homosexual o inseguro, no me impide tener también algunas cualidades, como ser generoso, compasivo, inteligente, honesto y ser un buen padre o una buena madre. Lo que ha hecho la ciencia (y entre ellas, lamentablemente la psicología) es intentar capturar esta capacidad transformadora del hombre, en conceptos, rótulos, clasificaciones que terminan recluyendo lo más humano de las personas.

Aunque resulte paradójico, a partir de aquí, resulta necesario recuperar el sentido griego del Alma. Si entendemos el alma como aquello que le da forma a la vida, como aquello que nos da forma, debemos entender, en dicho sentido, que somos formas, formalizaciones y, así mismo, trans-forma-bles, re-forma-bles, de-forma-bles, uni-forma-bles, y podemos tener formas distintas y simultáneas (forma padre, forma hijo, forma esposo, forma amigo, forma

---

<sup>2</sup> Aparición de grupos de “limpieza social” que comenzaron a exterminar a los jóvenes que, públicamente, se adscribían a procesos de desarme, algunos incluso financiados por los comerciantes de los mismos sectores.

trabajador, forma sacerdote, forma ciudadano, forma amante, forma desplazado, forma adicto, forma obsesivo, etc.), y que, como sucede en la cotidianidad, sin perder el sentido de quien soy, no soy el mismo en cada lugar, ni en cada situación ni con cada persona que me encuentre.

Lo que nos define como humanos (nuestra alma humana) es algo más esencial que las formas que tomamos como resultado de nuestro paso por la vida, por la historia, por nuestro contexto. Lo que resulta claro en este momento es que, más que preguntarse por lo que se es (¿quién soy?), la pregunta central deberá hacerse sobre por lo que puedo ser.

En un mundo que recluye, que limita las opciones nuevas, que tiende a homogenizar y naturalizar, es necesario promover la emergencia de lo más singular, aquello que suma creatividad, condición de lo humano que hace posible la renovación, la transformación, la reparación. Sólo a partir de actos creativos se podrán encontrar vías alternas de expresión, puertas de salida, que permitan la movilización de las formas tanto en lo humano como en lo social. Y no es gratuito que cada niño sea representado como la esperanza del cambio y que la creatividad se relacione implícitamente con la infancia.

Sóñar con las ilimitadas potencialidades del ser humano, cuando no se deja recluir, cuando se permite considerar, incluso, lo imposible, lo impensable, lo que a nadie se le había ocurrido hasta ahora (como cuando el niño juega de verdad, pues tiene que ser divertido lo que se hace). En su sentido más estricto, es la posibilidad concreta de la humanización del hombre, en tanto le permite pensarse múltiples opciones y posibilidades de transformación y mejoramiento de la realidad, así resulten, a primera impresión, absurdas o irracionales.

No necesitamos volver a los juegos infantiles para sentirnos niños otra vez, basta permitirnos la posibilidad de soñar transformaciones, de pensar que las cosas siempre pueden ser mejor de cómo están ahora y volverlo, de alguna manera, acción, siempre por la vía de la creación y no de la destrucción. La tensión constante entre una historia y un contexto que nos deciden en muchos aspectos, y la tendencia natural a dejar huella, transformar, cambiar, ser

singulares, es lo que nos permite construir un “ser particular”, no sólo psicológicamente sano, sino, principalmente, como esperanza de renovación.

Muchos filósofos han dicho que si hay algo que nos hace humanos es la conciencia de nuestra propia existencia y la pregunta permanente por el antes y el después (nacimiento y muerte); de allí nuestra permanente búsqueda de darle SENTIDO a la existencia: ¿para qué vivir? Si bien no somos omnipotentes ni eternos, tampoco nos resignamos a lo establecido o renunciamos al mejoramiento continuo; así mismo, procuramos “inmortalizarnos” en nuestras obras (“un hijo, un árbol, un libro”).

Cuando nos preguntamos por nuestra identidad: “¿Quién soy yo?”, realmente lo que debiera definirnos no es lo que se ha sido, sino lo que se puede llegar a ser. Aunque para darme cuenta de lo que puedo transformar, es necesario reconocermé (en todas mis formas).

Mostrar los “Milagros de Candeal”<sup>3</sup> constituye una apuesta por la desestigmatización, tanto de nuestros jóvenes como de los barrios populares. Es mostrar, precisamente, la riqueza de nuestra multiculturalidad y de la pluralidad de opciones de ser joven que vivimos en nuestros contextos. Cientos de jóvenes unidos alrededor de la música, el arte, el deporte y el desarrollo comunitario; sectores populares que todavía comparten como vecinos sus celebraciones, logros y sufrimientos; numerosas manifestaciones de solidaridad comunitaria que dan cuenta de pequeños esfuerzos colectivos para hacerle frente al modelo social-capitalista, basado en el individualismo y la competencia.

Este tipo de aproximaciones a la complejidad de nuestra realidad contemporánea solo pueden ser posibles desde perspectivas transdisciplinarias que le apuesten a la trasgresión de los límites impuestos por la mirada fragmentadora de la disciplinariedad y la especialización.

---

<sup>3</sup> Documental brasileño que muestra un proceso comunitario en un barrio de la ciudad de Bahía, a través de la música.